

intérpretes, lo que él estudiaba principalmente era la sagrada Escritura en su mismo testo, leyendo y releýndola muchas veces de seguida; y penetrado enteramente de aquellas nociones celestiales, las meditaba despues durante el trabajo, en medio del campo y de los bosques, por lo que solia decir que sus maestros habian sido las hayas y las encinas.

36. Guillelmo de Champeaux, obispo entonces de Chalons, fue el primero que supo apreciar, ó por lo menos hacer recomendable al ilustre abad de Clavaival; pues desde el primer instante que le vió para darle la consagracion abacial, se sintió penetrado de veneracion hácia él, y desde entonces permanecieron siempre los dos unidos en estrecha amistad (1). La estimacion de tan gran prelado atrajo bien pronto al nuevo abad la de toda la provincia de Rems, y despues la de toda la Francia. Guillelmo nacido en Brie en el lugar de Champeaux, cuyo nombre tomó segun la costumbre de aquel tiempo, no ilustró menos su patria por su eminente piedad que por su habilidad en las ciencias: enseñó largo tiempo la retórica, la dialéctica y la teología á gran número de discípulos atraidos á París de todas las regiones. Los celos y la presuncion de uno de ellos, llamado Pedro Abelardo, y las ventajas que éste alcanzó contra el sistema de tanta importancia entonces de la existencia metafísica de una naturaleza universal, no disminuyó en nada la celebridad de Guillelmo en cuanto á la ciencia de la Religion; y aun dió éste una

(1) *Hist. part. 2. cap. 7. et 9.*

coleccion de sentencias teológicas que fue tan estimada, que empenó en esta carrera á Pedro Lombardo, llamado en lo sucesivo el maestro de las sentencias.

No obstante, despues de su célebre disputa con Abelardo sobre los universales, dejó su cátedra, y se retiró seguido de alguno de sus discípulos á la celda ó priorato de San Víctor, á alguna distancia de París, que no era mas que lo que hoy se llama la ciudad, y tomando el hábito de canónigo regular, dió origen á la congregacion de San Víctor. Algunos autores modernos, citando vagamente á los antiguos, han hecho sospechar que no habia abrazado la profesion religiosa, sino con el fin de llegar mas fácilmente al episcopado (1); pero todos estos supuestos testimonios se reducen al de Abelardo, cuya envidiosa vanidad le quita toda la fuerza. Guillelmo, á petición de sus discípulos y á solicitud de los prelados mas estimados, volvió á emprender el curso de sus lecciones en San Víctor, de que hizo al mismo tiempo una escuela célebre de ciencias eclesiásticas y de virtudes religiosas. La justa estimacion que se llegó á formar de su piedad, igualmente que de su capacidad, fue lo que despues de largas pruebas le elevó á la silla de Chalons. Su intimidad constante con San Bernardo, era bastante para responder de sus cualidades episcopales y religiosas.

37. El retiro de San Gofredo, obispo de Amiens, aunque no pudo al cabo verificarse, no causó me-

(1) *Du-Pin. Bibl. Eccles. sæc. XII. part. 1.*

nos edificación (1). Habia sido necesario hacerle violencia para sacarle de la abadía del monte de San Quintin, y hacerle tomar la de Nogent debajo de Cuci; y todavía fueron necesarios mayores esfuerzos, cuando se trató de colocarle en la silla de Amiens, sin embargo de que para ella habia sido elegido de unánime consentimiento y con aplauso del Rey. Cuando supo esto, se resolvió á huir; pero se le detuvo por orden de los obispos, quienes por fin le obligaron á aceptar el de Amiens. Mas permaneciendo su corazón y sus afectos enteramente en la soledad, no esperó mas que un pretesto plausible para satisfacerlos. Los canónigos ó comunidades que se establecieron en su tiempo en Amiens, como en otras muchas ciudades del reino, no tardaron mucho en dársele. Estas eran una confederacion de ciudadanos autorizados para hacerse justicia en ciertas ocasiones, y aun para tomar las armas en caso de necesidad, bajo la proteccion del Rey, que queria de este modo poner freno á las violencias de los grandes. Engelran de Bovés, conde de Amiens, intentó destruir con la fuerza la comunidad de esta ciudad; pero los vecinos resistieron vigorosamente á su tiranía, y para ello imploraron el poder del Rey Luis, llamado el Grueso, que acudió inmediatamente á su socorro; y toda la diócesis de Amiens igualmente que la ciudad, se hizo el teatro de una guerra intestina, donde se cometieron escesos y horrores de todas clases. El santo obispo en el abatimiento que le causa-

(1) *Vit. ap. Sur. 4. Novembr.*

ba su pena, se persuadió á que el no haber podido impedir tantos desórdenes entre las ovejas divididas, consistia en que no estaba dotado de las cualidades necesarias para gobernarlas; y dispertándose entonces toda la aficion á la soledad, y habiendo oido hablar de la santa vida que se hacia en la cartuja de Grenoble, cuya reputacion se habia extendido ya por toda la Francia, salió de su diócesis, y fue á encerrarse en aquel santo desierto. Guido, tan distinguido por su prudencia como por las virtudes de la soledad, y que desempeñaba entonces el cargo de prior, recibió con júbilo al santo obispo, y le señaló una celda, pero no se atrevió á admitirle en el número de sus religiosos, temeroso de que un paso contrario á las reglas comunes fuese reprobado por el Papa y por el cuerpo de los obispos. En efecto, Conon, legado de la santa Silla, convocó un concilio en Bovés, del cual salieron diputados el abad del monte de San Quintin que habia sido superior de Godofredo, y Huberto, monge célebre de Cluny, con orden á los monges de la cartuja de que inmediatamente enviasen al obispo de Amiens á su silla. En el primer sentimiento de su afliccion se arrojó á los pies de los cartujos, suplicándoles con lágrimas, que no permitiesen que se le arrancase de su compañía: ellos mezclaron tambien sus lágrimas con las del obispo, pero respondieron que no podian resistir á la autoridad de la Iglesia apoyada por el Rey; y así fue necesario que se resolviese á volver al cabo de tres meses de mansion en aquel lugar tan de su

gusto; al cual no dejaba de volver continuamente, mientras caminaba, sus ojos inundados en lágrimas, con el sentimiento de no haber podido acabar en él sus días. Se había estenuado tanto con las maceraciones, que cuando le volvieron á ver en su diócesis se enternecieron hasta derramar lágrimas. Vivió poco, después de su vuelta. Yendo á Rems á tratar algunos asuntos con su metropolitano, murió en Soissons en 8 de Noviembre de 1115, en el año once de su obispado y cincuenta de su edad.

38. Al fin de este mismo año hubo en Colonia una junta de obispos y señores, con motivo de las turbulencias que continuaban en Alemania, y en ella se publicó un decreto de excomunion contra el Emperador que tenia su corte en Spira con una corta comitiva. De su orden llegó al concilio el obispo de Wirsburgo, con cuyo afecto contaba; pero este prelado también fue tratado como excomulgado, por lo que se reconcilió tan sinceramente con la Iglesia, que en lo sucesivo se negó hasta á comunicar con el Emperador, de quien esperó la mas inexorable venganza. Sin embargo, este Príncipe temiendo los efectos del descontento de los señores, aceleró su partida á Italia, en donde quería recoger la herencia de la Princesa Matilde, muerta en el mes de Julio anterior. No obstante las donaciones reiteradas que esta Princesa hizo de sus estados á la Iglesia, no se vé que el Papa Pascual intentase siquiera tomar posesion de ellas.

La tercera semana de cuaresma de 1116 tuvo es-

te Pontífice en la iglesia de Letran un concilio ca-  
lificado por universal, aun cuando no es tenido por  
ecuménico; pero se hallaron en él prelados, señores  
y diputados de casi todos los estados cristianos. Tra-  
tábase en él de dar toda la autenticidad posible á la  
condenacion del tratado hecho por el Papa con el  
Emperador con motivo de las investiduras, anulado  
ya en otro concilio de Roma menos solemne que este.  
Pascual confesó de nuevo que habia pecado por un  
efecto de la debilidad humana, y pidió humildemen-  
te á los obispos el socorro de sus oraciones, para ob-  
tener el perdón de Dios. „Sea, dijo, la memoria de  
este maldito escrito para siempre odiosa. Yo le con-  
deno de todo corazón con un perpetuo anatéma, y  
os convido á hacer otro tanto.” Todos respondieron:  
*así sea.*

El celo pasó á mas en el santo obispo Bruno de  
Segni, que llegó á decir, que el privilegio concedi-  
do al Emperador contenia una heregía. Si este pri-  
vilegio contenia heregía, respondió otro padre, el que  
le ha dado era herege. Al oír estas palabras odiosas  
de herege y heregía, el Papa herido hasta el fondo  
de su alma, alargó sus manos y dijo (1): „reflexio-  
nad, señores y hermanos míos, que la iglesia roma-  
na jamás ha sostenido heregías, y que antes bien  
siempre las ha perseguido y aterrado. La heregía de  
Arrio halló su ruina en Roma: Sabelio, Fotino, Eu-  
tíques y todos los heresiarcas han sido anatematiza-  
dos aquí y por esta Silla, que es por la que el Hijo de

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 806.

Dios dijo á Pedro : *he orado para que no perezca tu fe.*" Varios obispos al oír esto tomaron la defensa del Pontífice , manifestándose indignados y escandalizados en cierto modo de las reconvenciones injuriosas dirigidas contra él en tan augusta asamblea. Por fin todos se sosegaron , y despues del arreglo de algunos negocios particulares no se trató mas que de la egecucion de lo que se acababa de acordar de unánime consentimiento.

39. Apenas habian pasado quince dias despues de la conclusion de este concilio , cuando se levantó una violenta sedicion contra el Papa , con motivo de haberse resistido á confirmar la eleccion de un prefecto de Roma , hecha en un niño por un tropel de revoltosos. Previendo Pascual que seria difícil reprimir los sediciosos sin derramar mucha sangre , quiso mas salir de Roma , y tomó el partido de retirarse á Albano. Supo el Emperador estas noticias en Liguria con un júbilo que no pudo tener oculto , pues inmediatamente envió regalos imperiales al nuevo prefecto , asegurando á los revoltosos su proteccion , y prometiéndoles llevar en persona un socorro poderoso.

Llegó en efecto á Roma en el año siguiente de 4117 con un numeroso egército , y el Papa que habia vuelto á entrar en la misma ciudad , tuvo que salir de nuevo , y se retiró á Monte-Casino. El motivo que alegó el Emperador fue el de recibir la corona de la mano del Sumo Pontífice , lo cual no dejaba de tener un colorido plausible ; porque como su primera coronacion no se habia hecho sino despues de

haber sacado con violencia las investiduras , de un modo que habia sublevado á todo el mundo cristiano , siendo por lo mismo condenado generalmente , temió acaso que se sacasen de aquí consecuencias contra la legitimidad de su título. Por lo mismo manifestó gran deseo de restablecer la union entre las dos potestades , y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de huir , llegando hasta asegurar que miraba como una desgracia para sí mismo la ausencia del Papa. Despues de este solapado preámbulo , pidió que el clero de Roma le diese la corona en ausencia del Pontífice ; pero el clero se negó abiertamente , y fundó su negativa con intrepidez , demostrando la contradiccion entre las palabras y la conducta de un Príncipe , que habiendo llegado con las armas en la mano se manifestaba mucho menos Emperador que enemigo de Roma , y tomaba la proteccion de los escomulgados , de los revoltosos , de unos tiranos insoportables , y egercia toda clase de hostilidades á un mismo tiempo contra la patria.

Al oír tal respuesta se dirigió Enrique á Mauricio Burdino , aquel monge francés que habia seguido á Bernardo de Toledo á España (\*), que habia llega-

(\*) Burdino fue otro de los monges franceses que el arzobispo de Toledo llevó consigo á España y reunió al clero de su iglesia. El motivo y circunstancias de este llamamiento fue el siguiente. Habia tomado el arzobispo D. Bernardo la cruz , y deseaba pasar con un buen número de tropas á la conquista de Jerusalem ; pero antes quiso ver y recibir la autorizacion del Su-

do á ser arzobispo de Braga, y ganado de tal modo la confianza del Papa Pascual, que habia conseguido ser elegido legado para tratar la paz con el Emperador; y este ministro pérfido y sin pudor no tuvo dificultad en poner la corona á un Príncipe escomulgado delante el cuerpo de San Gregorio en la iglesia de San Pedro. Inmediatamente despues el Emperador que témia los calores del estío, salió de la ciudad de Roma, dejando en ella tropas alemanas, y ofreciendo volver bien pronto.

Habiendo sabido el Papa la traicion de su legado, tuvo en Benevento en el mes de Abril un concilio, en que pronunció contra él sentencia de escomunion, y luego al punto se acercó á Roma sin pensar siquie-

mo Pontífice. Ordenó las cosas de su iglesia, y emprendió el viage de Roma; mas sus canónigos, juzgando que no regresaria de su expedicion, se conmovieron y trataron de darle sucesor. Llegó esta noticia á Roma estando aun en ella Bernardo, y el Papa conmutándole su voto de la cruzada, le mandó volver á España á remediar los males de su diócesi. Entonces Bernardo eligió en Francia algunos hombres virtuosos y doctos para renovar con ellos y con los monges de Sahagun el clero de su iglesia. Los franceses fueron: San Pedro de Bourges, á quien Bernardo hizo arcediano, y que fue despues primer obispo de Osma; San Giraldo, que del monasterio de Mosaico pasó á ser chantre de Toledo y despues arzobispo de Braga; Bernardo y Pedro de Agen, aquel primer obispo de Sigüenza y este de Segovia; Raimundo de Salviat, segundo obispo de Osma, y despues sucesor de Bernardo en la silla de Toledo; Gerónimo de Perigord, obispo de Valencia y despues de Salamanca y administrador del obispado de Zamora; Bernardo de Perigord, primer obispo propio de Zamora, y Mauricio Burdino de Limoges, que fue obispo de Coimbra, arzobispo de Braga y Antipapa. *Ferreras tom. 5 pag. 155.*

ra en lo que tenia que temer. En el camino fue acometido de una enfermedad que hizo desesperar de su vida; pero habiendo curado contra todos los pronósticos de la medicina, apenas se creyó convaliente prosiguió su camino con toda celeridad. Su presencia y su intrepidez impusieron temor á sus enemigos; y habiendo celebrado las fiestas de Navidad y de la Epifanía, los sediciosos le pidieron la paz, y los gefes de la faccion, temiendo ser sacrificados, anduvieron errantes de una parte á otra sin atreverse á presentarse en público. El Pontífice hacia todas las diligencias necesarias para restablecer una tranquilidad durable, cuando por el exceso de la fatiga volvió á caer enfermo, y reducido bien pronto al extremo, murió, cuando mas tarde, en 21 de Febrero de 1118, despues de haber satisfecho á todas las obligaciones de la Religion, y recomendado con especialidad á los cardenales la concordia fraternal, como un baluarte seguro ya contra los artificios del espíritu del cisma, y ya contra el furor de la ferocidad germánica.

40. La santa Silla estuvo pocos dias vacante. El 25 de Febrero, los cardenales en número de cuarenta y cinco, muchos obispos, un gran número de clérigos y algunos senadores y consulares romanos, despues de haber deliberado maduramente, se convinieron en elegir á Juan, apellidado de Gaeta, lugar de su nacimiento, cardenal diácono y canciller de la iglesia romana, y le proclamaron sin dilacion bajo el nombre de Gelasio II, por mas que lo resistió su sincera humildad. Era Juan de ilustre nacimiento y de